

—No olvidaré las señas. Conque agur, y aliarse de las *escriñfulas*.

—Tantísimas gracias... Beso á usted su mano, cabayero.



UN SABIO

EL siguiente día de su llegada á Santander, ó acaso sin sacudirse el polvo del camino, dase á conocer en tertulias y corrillos diciendo, con la mayor impavidez, que España es un país de estúpidos, y que la capital de la Montaña es el último rincón del país, puesto que no hay un solo montañés que conozca *la telematología*, ni la *filosofía del sentimiento estético en sus relaciones con la actividad del yo pensante, en, dentro, sobre, sobre en y por debajo de la conciencia universal*. Pero esta ignorancia no le sorprende en un pueblo en que *todavía* oyen misa los hombres que se llaman ilustrados, y desconocen á *Feeéguel* (muy arrastrada la J) ó Hegel, como decimos las personas vulgares.

Y ahora que el lector sabe algo sobre la venida de este huésped, voy á decirle otro poco acerca de su procedencia.

La humana debilidad tiende, por instinto,

á lo más cómodo, hacedero y comprensible.

Por eso á los grandes apóstatas, aunque arras-
trados á la apostasía por el demonio de la so-
berbia, ó de la codicia, ó de la concupiscencia,
nunca les han faltado inocentes que formen su
cortejo.

Pero llegó el siglo XIX, hijo legítimo de la
glacial filosofía del XVIII, y la masa dócil á tan-
tas voluntades durante tantos siglos de contro-
versias y de charlatanes, endurecióse como el
mármol, y hasta el más lerdo se convenció de
que en estos días esplendorosos, de luz y de
pronunciamientos, ya no cabe el cisma, por la
sencilla razón de que el que se separa de la ver-
dad católica no es para proclamar otra *creencia*,
sino para dudar de todas; y dudar de todas equi-
vale á carecer de entusiasmo, que es hijo de la
fe; y careciendo de fe y de entusiasmo, no cabe
la disputa ni, por consiguiente, la escuela. Es
decir, que los disidentes de la verdad «ya no
creen en brujas,» ó, hablando más en «carác-
ter de época,» están «curados de espantos,» en
plena *despreocupación*. Deducción lógica de es-
to: no puede darse una ocasión que sea menos
á propósito que la presente, para fundar sectas
religiosas y sistemas filosóficos.

Pues bien, lector: en ninguna otra, desde que
el mundo es mundo, se han hecho mayores es-
fuerzos para arrastrar á la razón humana á los

extremos que más la repugnan; jamás se ha vi-
sto mayor cúmulo de desatinos presentados co-
mo armas de seducción, unos en el campo reli-
gioso, otros en el filosófico y otros en el de la
política; siendo inútil advertir que todas estas
agrupaciones, tan diferentes entre sí, coinciden
en un punto: el consabido odio á *las viejas ins-
tituciones y creencias*.

Ni de los fundadores, ni de los pontífices, ni
de los apóstoles (aunque todo ello suele andar
en una sola pieza) de estas doctrinas, ni siquie-
ra de los adeptos que lo sean *de veras*, voy á
tratar aquí, gracias á Dios.

Pero es el caso que alrededor de estas colme-
nas de insípida melaza, bulle de continuo un
enjambre de zánganos impresionables, que, so
pretexto de un amor desmedido á lo *nuevo* y á
lo *fuerte*, pero incapaces de elaborar cosa pro-
pia, aunque sea mala, van chupando, á hurta-
dillas, cien desatinos de la filosofía, cincuenta
extravagancias de lo religioso y doscientas ma-
jaderías de la política; y con estas provisiones
en el buche, mal digeridas, así por falta de ju-
gos como por la indigesta condición de lo en-
gullido, échanse zumbando por esos mundos de
Dios, y aun pretenden elevar su vuelo hasta las
águilas, porque les han dicho que aquello que
les nutre el menguado entendimiento se llama
ciencia moderna.

Uno de estos *sabios* es el huésped consabido. Y ya que tampoco ignoras de dónde viene, continúa leyéndote todas las señas particulares de su pasaporte.

Generalmente es *tifo* por su figura, ó por el corte de su vestido, y joven; porque no se concibe que pueda llegar nadie á la edad de las canas con tantos grillos en la cabeza.

Ni la experiencia, ni la erudición más vasta en el campo de los *viejos sistemas*, le merecen el menor respeto; porque él ha asistido durante dos meses á una cátedra de filosofía krausista en la universidad de Madrid, y sabe, por boca de uno de los oráculos españoles de esta escuela alemana, que «cada filósofo debe construir su propia ciencia sin necesidad de abrir un libro.» Y tan al pie de la letra ha tomado el consejo; á tal extremo ha llevado el asco á los libros, que ni siquiera conoce la gramática castellana.

Ya hemos visto, al dársele á conocer al lector, qué desparpajo le presta ó le infunde esta *ilustrada* ignorancia; mas como aquella tesis la repite donde quiera que halla tres hombres reunidos, y como no es raro que entre tantos haya muchos á quienes sobre de buen sentido lo que les falte de *ciencia moderna*, su temporada de verano es una pelea sin tregua ni sosiego.

Porque es de advertir que, aunque de pronto se le escucha como quien oye llover, una vez

metido en barro ya no hay paciencia que sufra tantas salpicaduras al sentido común, única *ciencia*, á mi entender, que se *construye* sin abrir un libro, por la sencilla razón de que no hay libro que enseñe á construirla cuando Dios ha negado á alguno la *materia prima*.

Sin ese lastre en la cabeza, claro es que, como todo lo henchido de aire, ó menos pesado que él, este sabio, no bien se agita un poco, ya está dando tumbos por el espacio y perdiéndose de vista en el infinito. Por eso lo primero que *discute*, y con doble afán si hay mujeres en el auditorio, es á Dios, es decir, al *Dios de las viejas creencias*.

Eso de *Dios Trino y Uno*, tiénelo él por *logomaquia*.

La *conciencia humana* no siente este concepto *absurdo*; la mente, por tanto, no le penetra, no le alcanza.

Entonces es la ocasión de echar atrás las solapas del levisac, poner la cara hosca y lanzarse sobre los ignorantes con este párrafo que, según el sabio, es claro, perceptible y concluyente:

—«Dios es el absoluto sér, en su total unidad é integridad, como lo que es y de lo que es, en la esencial sustantiva unión y composición del ser y del existir, del conocer y del pensar, dándose y determinándose en, dentro y debajo de la unidad,

sabiéndose de sí, para sí y consigo, congrua, individual y homogéneamente, antes y sobre toda determinación concreta de la materia cáptica en tiempo y espacio, medio en que lo objetivo y lo subjetivo recíprocamente comulgan.»

En seguida apoya su aserto con la autoridad de los santos padres, ó pontífices de su iglesia, Krause, Sanz del Rfo y Salmerón; mira en derredor de sí con cara de lástima, y pasa á otra cosa.

Nada le repugnaba tanto cuando él era católico, «por no disgustar á su pobre madre que creía como una inocente todas esas cosas,» como los milagros, lo sobrenatural; y lo del premio y el castigo inmediatos á la muerte del cuerpo, ni más ni menos que si Dios llevara una cuenta corriente á cada una de sus criaturas. Esto es empequeñecer la idea; agraviar á la razón humana, que es un destello divino, etc., etc.

Y he aquí que comienza á cantar endechas al *espiritismo*, secta de la cual se declara partidario y hasta miembro integrante. Y siendo espiritista, cree, por ende, y así lo manifiesta, que los espíritus vagan por el espacio, ramoneando de planeta en planeta, como carneros trashumantes, para purificarse por una serie de transmigraciones, hasta que Dios los llame junto á sí, después de juzgarlos dignos de Él: cree, por tanto, en los meta-espíritus, y que el hombre

está en la tierra, de tránsito, procedente ya de otro planeta, ó de otra criatura de diferente condición social ó naturaleza, y ni siquiera niega que pueda él mismo haber sido asno tiempos atrás, por más que—¡otro contrasentido!—no le guste que se lo llamen. En fin, repugnándole todo lo sobrenatural, y hasta negándolo con indignación, nos cuenta entusiasmado que se pasa las horas muertas hablando mano á mano con el espíritu de Confucio... ó con el de Sancho Panza (pues inspirados *eruditos* hay en la secta que se lo han tragado), si es *medium*, por su propia virtud, y si no, por el del hermano que la posea; y le cuentan que esto está perdido, y que la Iglesia caerá, y que prevalecerá lo que quieran Bassols, Solanot, Allan-Kardek y otros cuantos apóstoles de la doctrina famosa... Y todo esto y mucho más se lo cuentan en parábolas y rengloncitos entrecortados, que necesitan luego una interpretación no poco ingeniosa.

También en este trance tapa la boca á los incrédulos que se ríen al oírle, con nombres propios. En seguida enjareta una letanía de los más sonados en España entre políticos y militares, los cuales sujetos hacen lo mismo que él, y *aliquid amplius*, en esas conferencias con los espíritus; prueba que, aunque irrecusable, porque es la pura verdad, no levanta un ápice la

cuestión ante el testarudo y arranciado sentido común que escucha al sabio; pues se obceca aquel inconquistable tribunal en sostener que en ninguna parte hay reunidas, en menos terreno, más extravagancias, más monomanías, más opuestas condiciones sociales que en un manicomio, y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido tomar por lo serio aquella algarabía de insensatos.

Indígnale también que existan *todavía* hombres que se llaman ilustrados sosteniendo que la raza humana, entera y verdadera, procede de Adán. Parece absurda esta *teoría*; y buscando otra más verosímil, y hasta solar más noble á la humanidad, agárrase á Darwin, y pónese muy hueco al declarar con este otro sabio que el hombre descende del mono—cosa que muchos *ignorantes* no negarían si todos los ejemplares de la especie fueran idénticos al preopinante.—Verdad es que el sustentar esta teoría le permite soltar la palabreja *antropiscos* ó *antropoides*, que no es despreciable para un sabio de su calibre, y tapar con ella el resuello al que le pregunte por la raza que debió llenar el abismo que separa al cuadrumano famoso, del más estúpido de los hombres... Por eso me gustan á mí los sabios (y no aludo ahora al de mi cuento): se tropiezan en sus investigaciones con un abismo sin fondo, y le cubren con una pa-

labra rimbombante; y saltando sobre ella, para no sentir el vértigo que les perdería, siguen adelante tan satisfechos como si la senda no tuviera un bache.

Volviendo ahora á nuestro sabio, digo que si se logra hacerle descender de esas alturas en que se mece tan á su gusto, y bajar al mundo terreno, se le ve lanzarse rápido sobre la memoria de los grandes hombres; porque ésta es de las águilas que no pierden el tiempo cazando moscas. La calidad del auditorio es lo que menos le importa.

Así, por ejemplo, al primer tratante en caldos que halla á mano, le enreda en una discusión sobre Cervantes.

—*Concedo*—dice el *generoso* sabio,—que no fué el autor del *Quijote* un hombre *enteramente vulgar*, teniendo en cuenta la época en que vivió; pero ¿qué materiales dejó preparados para la *arquitectónica* de la ciencia moderna? ¿No están sus obras impregnadas del estúpido fanatismo religioso? Lo mismo á él que á Calderón les faltó la *filosofía de la estética*, que les hubiera enseñado lo poco que valían sus creaciones *por sí, mediante, en, con relación al idealismo transcendental, en cuanto, sobre, antes y después de*.

Por el mismo procedimiento demuestra el *idiotismo* de Colón, la *candorosa* ignorancia de Agustín (como no cree en brujas, le suprime la

santidad), el espíritu *mezquino* de Raimundo Lulio, la *charlatanería* de Balmes, y la sublime metafísica de las coplas de Mingo Revulgo.

Ninguno de estos hombres, ni otros infinitos que cita sin pararse en barras, hicieron cosa alguna en beneficio de la humanidad *progresiva*; les faltó la gran idea del símbolo, del *schema*, ó séase *la gráfica determinación en que la naturaleza y el espíritu se unen en forma de lenteja*.

¿Necesito añadir que la aspiración política de este mozo es ir tan lejos como puedan llevarle *las corrientes de la idea nueva*, ó los huracanes de la libertad de su altivo pensamiento?

Así es, en efecto; y conste que, según propia declaración, para colocarse en la senda que necesita su razón sin trabas ni cortapisas, ha comenzado por tomar en una logia masónica el nombre de *Wamba*, y por jurar, á *obscuras*, sacrificarse en cuerpo y alma á la voluntad de un superior á quien no conoce, sin que le sea lícito preguntar jamás el *por qué* ni el *para qué* de los esfuerzos que se le *impongan*.

En fin, lector ignorante, después de volcar este ollón de potaje religioso-filosófico-político en plazas, casinos, tiendas y cafés, es cuando el sabio, para rematar la obra, encaja este ribete, respunteado con aires de protección y tono campanudo:

—Esto se llama, señores, estar penetrado del

ideal de la humanidad; esa ciencia sublime, mediante la cual, el hombre, *artista de su vida*, *determinándose en todas las esferas de la actividad*, *se hace divino en, bajo, mediante Dios*.

Mas, á pesar de la substancia de este luminoso dato, oigo al asombrado lector preguntarme: —Pero ¿adónde va ese mozo con semejante grillera entre los cascos?

¿Adónde va?—En Madrid, al Ateneo, si hemos de creerle.

En Santander, á lo que hemos visto, á difundir la luz; á tomar el aire... y, muy á menudo, á la ruleta.

Mañana... (si antes no se cura) al Limbo, que es la mansión adonde van á parar los que en vida tuvieron la enfermedad debajo del pelo.





UN APRENSIVO

PUEDE ser de Rioseco, lo mismo que de Palencia ó de Zamarramala. No es viejo, ni tampoco joven, ni rubio ni moreno, ni alto ni bajo, ni rico ni pobre. Trajo baúl de cuero peludo y sombrerera de cartón. Hospedóse como pudo, y al día siguiente fué á entregar la carta de crédito que traía, á su orden, contra una casa mercantil de la plaza.

—¿Los señores de Tal y Cual y Compañía?

—Servidores de usted.

—Tenga usted la bondad de enterarse de esta esquelita.

—Cúbrase usted y siéntese.

—Muchas gracias.

—¿Quiere usted recibir ahora la cantidad que los señores Morcajo y Compañía nos mandan poner á su disposición?

—No, señor: iré tomando á cuenta lo que necesite, si á ustedes les parece.

—Como usted guste. Y ¿cómo están aquellos señores?

—Tan guapamente... quiero decir, salvo el sobrehueso del don Atanasio, que no le deja moverse de la silla cuatro años hace.

—Eso es lo peor. Y usted, á lo que parece, ¿se ha venido por ahí á veranear?

—No fuera malo, señor mío. Por ese solo placer quedárame en casa, que los tiempos no están para moverse de ella. Vengo, créalo usted, por la necesidad que tengo de tomar los baños.

—¿Y ya está usted instalado?

—Sí, señor: ahí paro en cá de un paisano, en Santa Clara. Mucha bestia, mucha mosca y bastante ruido hay; pero como dicen que el olor de la cuadra es bueno para el pecho, no me pesa haber encontrado eso. Yo mejor querría un parador con vistas á la mar alta; pero ¡mire usted que llegué á dar hasta doce reales por un cuarto en el Sardinero, y el demontres del posadero se me echó á reir! Conque volvíme ahumando á la ciudad, donde pago medio duro. Le digo á usted que la vida cuesta aquí un sentido. Pero la pícara necesidad de los baños...

—Pues, hombre, el semblante de usted revela mucha salud.

—¡Calle usted, por Dios, que estoy hecho una carraca vieja!... Como que si en este mar

no la compongo, no me queda más remedio que la huesera...

—¿Ha tomado usted ya algún baño?

—¡Si llegué ayer, de tardecita; y en un carricoche fuí al Sardinero, y en el mismo me volví, ya de noche, cuando ví lo caro que andaba por allí el hospedaje! Ahora vuelvo allá á enterarme de lo tocante al baño; porque pensar que me he de meter yo en lo que no conozco, siquiera de oídas, es pensar los imposibles. Conque, si ustedes no mandan otra cosa, me alegro de verlos tan buenos, reconózcanme por un servidor, y hasta otro día, que algunos he de volver, si Dios quiere y la salud me lo permite.

—Muchísimas gracias, y que aprovechen los baños.

—Pues si no me pintan, no será por falta de modo para tomarlos.

EN LA PLAYA

—¿Conque, según lastrazas, es usted bañero?

—Ya ve usted.

—Vaya, pues lo celebro. Yo también vengo á tomar baños.

—Me alegraré que aprovechen.

—Así lo espero. Y diga usted, ¿está esto muy hondo?

—Hay de todo. Si se queda usted cerquita...

—¿Y si entro mucho?

—Si entra usted mucho, hallará más agua.

—Quiere decir, que según voy entrando...

—Le va á usted cubriendo, cubriendo...

—Eso es, hasta que ¡plaf! se va uno al hondo.

—Cuando no se sabe nadar...

—Pues es una broma pesada. Y diga usted, ¿estarán firmes estas cuerdas?

—Ya lo ve usted.

—De modo que, bien agarrado uno á ellas, aunque venga la ola de firme... Diga usted, ¿de qué lado suelen venir?

—Hombre, según sople el viento; pero, por lo común, de frente, como ahora.

—Quiere decirse... eso es, que poniéndome de cara hacia afuera, las recibiré en las espaldas... Pero entonces no veré lo que viene sobre mí. ¿Cuál le parece á usted lo mejor?

—Eso va en gustos.

—Como tiene usted la experiencia ya... ¿Y si me tiran?

—No suelte usted la cuerda.

—¿Y si la suelto?

—Le tiran á usted.

—¿Y qué hago entonces?

—Agarrarse á la arena.

—¿Es seguro eso?

—Á veces.

—Pero ¿no están ustedes para sacar de tales apuros?

—Cuando se nos manda.

—¿Y si no se lo mandan á ustedes?

—Nos estamos, como ahora, paseando por el arenal.

—¿Aunque yo me esté ahogando?

—Si le viéramos á usted, y hubiera tiempo...

—¿Es decir, que puede no haberle?

—¡Yo lo creo!

—¡Canastos! Pues ¿cómo hay ahora otros bañeros con aquellas mujeres?

—Porque los han pedido y pagado.

—¡Ah! vamos. Pues yo también tomaré uno... ¿Tiene usted mucha fuerza?

—¿Para qué la necesita usted?

—Hombre, para un apuro de esos de que íbamos hablando.

—¿Va usted á empezar hoy á bañarse?

—No, señor: mañana. Ahora vengo á tomar informes de esto, porque á mí no me hace gracia meterme en lo que no conozco... Por de pronto, me gustaría más la playa si fuera llana, si quiera media legua adentro.

—¡Tendría que ver!

—Dicen que algunas son así.

—Valientes playas serán esas.

—¿Quiere decir que ésta es mejor?

—Como ésta no la hay, hombre.

—Y el agua, ¿también es buena?

—De lo mejor que se conoce.

—Pues eso es lo esencial para los que venimos á bañarnos por necesidad. Y á propósito: yo quisiera ver al médico del establecimiento. ¿Andará por acá?

—Cabalmente está ahora en la galería... Mírele usted.

—¿Quién es?

—Aquel señor de la barba negra que está hablando con otro joven delgadito.

—Pues voy á verle antes que alguno le comprometa... Conque, amigo, muchas gracias por todo, y hasta mañana; porque yo desearía bañarme con usted.

—Si estoy desocupado entonces, con mucho gusto.

—Pues lo dicho, dicho.

—(Como yo te eche la zarpa, menudo remojón vas á chuparte... Yo te diré de qué lado viene la mar.)

CON EL MÉDICO

—Saludo á usted, caballero.

—Beso á usted la mano.

—Me han dicho que es usted el facultativo del establecimiento.

—Tengo en él mi gabinete de consultas.

—Es igual. Pues yo quería consultar.

—Cuando usted guste...

—Ahora mismo.

—Pase usted á esta habitación... Sírvese usted tomar asiento.

—Muchísimas gracias, señor de... ¿de qué, si no le incomoda?

—Zorrilla.

—¡Hombre! Como ese que hace coplas. ¿Son ustedes parientes, por si acaso?

—Sospecho que no.

—Es que es paisano mío ese Zorrilla, y podría usted serlo también.

—Pues hágase usted la cuenta de que no lo soy.

—Vaya, pues lo siento; porque cuando se halla uno con gente de la misma tierra, le parece que no ha salido de casa... Pero es igual, con tal que la salud... Pues yo quería consultar sobre la mía.

—Usted dirá.

—¿Cuántos baños cree usted que debo tomar yo, de cuánto tiempo y á qué hora?

—Si usted no me dice antes por qué los necesita...

—Pues por la salud.

—Ya lo supongo; pero la salud se quebranta por mil causas: cada causa puede dar origen á

una enfermedad, y cada enfermedad necesita un tratamiento determinado.

—Es verdad, y voy á decirle á usted de contado lo que padezco. Pues, amigo de Dios, ha de saberse usted que todo ello resulta de un susto que cogió mi madre el día en que se casó.

—¡Es raro eso, hombre!

—¿Por qué?

—Porque no hallo concomitancia... Si el susto le hubiera cogido algún tiempo después...

—Es que yo soy sietemesino.

—¡Vamos! Eso ya varía de especie.

—Pues sí, señor: se escapó un novillo que se había de correr aquella misma tarde en la plaza, y arremetió á mi padre en el momento de salir de la iglesia con mi madre, después de casados. Mi madre se desmayó al verlo, vino gente, salvaron á mi padre como de milagro, recogieron á mi madre; y sobre si tuviste tú la culpa ó la tuve yo, armóse después en el pueblo una de palos que el mundo ardía. Mi madre tardó en volver en sí, pero no echó el susto del cuerpo en mucho tiempo; y puede asegurarse que en todo el embarazo no fué ya mujer: un soponcio le iba y otro le venía. De resultas de todo esto, nació yo hecho una miseria, y hágase usted la cuenta que el verme vivo á los siete años le costó á mi padre un sentido. El ruido de una puerta me tumbaba en el suelo; el aire

me hacía toser; con el frío, sabañones; con el calor, agonías; con el agua fresca, pasmos; con la templada, vómitos... en fin, que llegué de milagro á los diez y ocho años. Á esa edad me entoné un poco ya; y como quedé huérfano y tuve que atender á mis haciendas, el trabajo y la distracción me arreglaron el cuerpo algo más, y así estoy; pero, créame usted, aborrecido de cambiar de médicos y de medicinas. Tan pronto que baños calientes de esta clase; tan pronto que de la otra; tan pronto que los de río; hoy que friegas, y mañana que restregones; hasta que un médico de regimiento que pasó por el pueblo y que venía recomendado á un amigo mío, me aconsejó que tomara los baños de mar... y aquí me tiene usted.

—Bien está; pero todavía no me ha dicho usted qué dolencia es la que principalmente le aflige.

—Pues todas esas de que le he hablado.

—¿Cuáles?

—Mire usted, por de pronto, el estómago.

—¿Le duele á usted?

—No, señor.

—¿Hace usted malas digestiones?

—¡Por ahí!

—¿Siente usted ardores?...

—¡Quiá! Lo que me pasa es que yo soy de mucho comer, y que en cuanto como algo más

que lo de costumbre, siento aquí un peso...

—¿Y repugnancia?

—No, señor: nada más que el peso, que me dura como un par de horas... hasta que...

—¿Vomita usted, eh?

—No, señor: me quedo como un reló... y con un hambre de dos mil demonios.

—¡Hola!

—Y eso es lo que á mí me hace cavilar, porque parece mentira que con lo que yo como no se me quite el hambre... y, sobre todo, el peso.

—Y la cabeza, ¿qué tal?

—La cabeza... ¡esa es otra más gorda! Cuando tenía veinte años, resistía yo el sol de la era toda la mañana, en pelo, sin que uno de ellos me doliera; pues ahora ¡ya te quiero un cuento! á las dos horas de estar al sol, ya sudo y me entran los desperezos... Y esto es lo que también me va dando cuidado.

—Y es grave, en efecto.

—¡Lo ve usted?

—Sí, señor, bastante grave... ¡muy grave!

—¡Cuando le digo á usted que paso la vida en una agonía!... Y lo que más rabia me da es que todo el mundo dice que me quejo de vicio, y que patatín y que patatán... ¡Hasta los facultativos se han reído de mí!... Conque ¡le parece á usted que me sentarán estos baños?

—Están indicadísimos.

—Y ¿cuántos?

—Lo mismo una docena que dos.

—Yo creí que siempre se tomaban nones.

—Tome usted nones.

—Así me parece mejor. Y ¿de cuánto tiempo?

—Hasta que usted tirité de frío.

—Y mientras esté de baños, ¿podré tomar fresco?... porque á mí me gusta mucho.

—A mí también en este tiempo.

—¿Luego cree usted que podré tomarlo?

—Á todas horas.

—¿Antes del baño también?

—Y después del baño.

—¿Y también para el desayuno?

—También para el desayuno.

—¡Caramba!... Y ¿qué fresco elegiré?

—El que corra.

—¿Y si corren varios?

—Los toma usted todos.

—¡Hombre, será mucho! Yo prefiero la merluza sola.

—¡Ah! vamos. Usted me hablaba del pescado.

—Sí, señor: le llamamos fresco en mi tierra.

—Pues, en ese caso, tengo que corregir... El mejor pescado para usted es el atún.

—No me disgusta; pero yo creía que era más pesado que la merluza. Y ¿á qué hora lo tomaré?

—Un poco antes de meterse en el baño.

—¡Hombre! ¿Y en qué cantidad?

—Un par de libras, si caben.

—¡Yo lo creo!

—Pues á ello.

—¿En seco?

—De ningún modo.

—Entonces, clarete.

—Nada de eso: aguardiente es mejor digestivo.

—Es verdad. Y diga usted, ¿cómo aprovecha más el baño, entrando poco á poco ó de sopetón?

—Ni de un modo ni de otro: á usted le conviene el trote.

—Y después me acurruco, agarrado á la cuerda.

—No, señor; después de darse usted una trotada por el arenal...

—¡Ah! ¿conque ha de ser por el arenal?

—Precisamente: se echa usted de cogote...

—¿Al agua?

—Naturalmente.

—Pero ¿cómo?

—¿Sabe usted nadar?

—Como un canto.

—Entonces véngase usted á la galería, y desde allí le enseñaré yo... ¿Ve usted, á la derecha, aquel peñasco que se mete más que los otros en el mar?

—Sí que le veo.

—Pues desde allí se tira usted de cabeza.

—¡Zambomba!... ¿Y después?

—¿Después?... después va usted á contárselo á su abuela.

—Jajajá... ¡qué buen humor tiene este señor de Zorrilla!... ¡Pues anda, que se ha largado... y sin cobrar la consulta! Á bien que todos los días he de verle después del baño para explicarle el resultado y pedirle el plan para el siguiente.

EN LA DESPEDIDA

—Conque, vaya usted mandando lo que se le ofrezca para mi tierra.

—¿Tan pronto?

—Y la mitad me sobra.

—Como vino usted á bañarse...

—Á matarme, dirá usted.

—Es decir, que no han sentado los baños.

—En la misma boca del estómago... y eso tan sólo con olerlos. Conque, ¡figúrese usted si llego á probarlos!

—No comprendo.

—¿No se acuerda usted que le dije que el médico me había mandado tomar, antes de bañarme, dos libras de?...

—Mucho que sí.

—...Y usted se empeñaba en que era una broma del señor de Zorrilla para darme á entender que yo era un aprensivo, y que torna y que vira. ¡Mal rayo me parta!... Pues bueno: yo que tomo al pie de la letra todo lo que toca á la salud y al modo de recobrarla, porque la tengo perdida, aunque diga lo contrario el mundo entero, el día siguiente al de la consulta me bajé por la mañana al Sardinero, después de haberme envasado las dos libras de bonito y el medio cuartillo de aguardiente. Vestíme de bañista, salíme al arenal y comencé á trotar en redondo. La gente me miraba. Eran las diez, y no parecía sino que Dios echaba rescoldo por el cielo abajo, según las ampollas que sacaba el sol. Á la media vuelta ya sudaba, y á los cinco minutos hubiera jurado yo que el aguardiente estaba en llamas y el bonito hecho una lumbré... ¡Le digo á usted que aquello era abrazarse vivo! Así es que, á las pocas vueltas, porque las daba por largo, me caí redondo en el arenal. Acudió la gente, y también el médico, que andaba por allí; hízome echar por la boca hasta los hígados; y después de llamarme bárbaro muy serio, contó á la gente lo de la consulta, y acabaron todos por reirse de mí. ¿Le parece á usted que el lance era de risa?... Pues toda esa falta de caridad la enmendó el facultativo con decirme que cómo él pudo imaginar-

se nunca que hubiera un hijo de Adán tan... adán, que tomara en serio lo del bonito y lo del trote antes del baño; que si lo que yo había tenido en el cuerpo lo mete él debajo de una peña, la levanta en vilo; que si, hallándome vivo después de lo ocurrido, no me convencía de que mi salud era de bronce; y, por último, que no tentara más á Dios, que me volviera á mi pueblo á cuidar de mis haciendas, y que no aburriera más al prójimo llorando males que no tenía... Con esta rociada por todo consuelo, me vestí, volvíme á la posada y me metí en la cama á sudar, que poco me costó con el calor que hacía.

—¿De manera que ha hecho usted el viaje en balde?

—No lo crea usted... y por algo se dijo que «por lo más obscuro amanece.» Hablando yo de estas cosas, á los tres días, con un compañero de posada, me dijo que él también había rodado mucho por el mundo buscando la salud, y que no la había encontrado hasta que se la dió un curandero ¡pásmese usted! un remendón que trabaja en un portal de esta misma ciudad. ¡Y decir á Dios que hay médicos que gastan coche! Pues, señor, que me alegró la noticia, que me animé y que fuí á consultar con el curandero... ¡Le digo á usted que es preciso verlo para creerlo! No hizo más que saber que yo es-

taba enfermo, y sin dejarme hacerle historia alguna de la enfermedad, me estiró los brazos hacia adelante, me juntó las manos, y poniéndome una de las suyas en la boca del estómago, me dijo:—«Usted tiene toda la maleza en el arca, motivado á que los güétagos se han arrimado mucho al padrejón, á causa—¡esto es lo más asombroso!—de que las dos paletillas no encajan bien en el espinazo...» Pues en esto, señor mío, no ha dado hasta hoy ningún facultativo.

—Lo creo sin dificultad. ¿Y qué remedio le dió para tan complicada enfermedad?

—Uno que me parece tan sencillo como cuerdo: dos parches y un haz de yerbas. Uno de los parches me coge desde la nuca hasta la curcussilla; el otro es para encima del estómago.

—¿Los tiene usted puestos ya?

—No, señor: los llevo para ponérmelos en cuanto llegue á casa; porque, tan pronto como me bizme, tengo que meterme en la cama y estar en ella veintisiete días, boca arriba, sin moverme.

—¿Y las yerbas?

—Las yerbas son para cocerlas. De este cocimiento he de tomar, mientras esté en la cama, dos azumbres por la mañana y otras dos por la tarde. De este modo dice el curandero que romperé en aguas abundantes, y que á la vez que con ellas sale toda la maldad, con los

parches fortificaré el estómago y entrarán en sus propios gonces las paletillas... Conque sírvase usted darme lo que me resta del crédito que traía, porque ya me parece que tardo en llegar á casa para ponerme en cura, y mande lo que guste para aquellos señores.

—¿Resueltamente va usted á ejecutar el plan del curandero?

—Como estamos aquí los dos.

—En ese caso, venga un abrazo... y apriete usted bien.

—¿Por qué tan apretado?

—Por si no volvemos á vernos.





UN DESPREOCUPADO

Se da un aire á todos los hombres que conocemos ó recordamos, de escasa talla, comunicativos, afables sin afectación ni aparato, limpios y aseados, que siempre parecen jóvenes y llegan á morirse de viejos sin que nadie lo crea, porque hasta el último instante se les ha llamado *muchachos* y por tales se les ha tenido; hombres, por el exterior, insignificantes y vulgares hasta en el menor de sus detalles; hombres, en fin, de todos los pueblos, de todos los días y de todas partes.

Se llama Galindo, ó Manzanos, ó Cañales, ó Arenal... ó algo parecido á esto, pero á secas; y á nadie se le ocurre que tenga otro nombre de pila, ni él mismo le usa jamás.

—¡Ya vino Galindo!—se nos dice aquí un día al principiar el verano.—Y cuantos lo oyen saben de quién se trata, como si se dijera:

—Ya llegaron las golondrinas.

Tiene fama, bien adquirida, de fino y caballero en sus amistades y contratos, y no se ignora que vive de sus rentas, ó, á lo menos, sin pedir prestado á nadie, ni dar un chasco á la patrona al fin de cada temporada; y esto es bastante para que hasta los más encopetados de acá se crean muy favorecidos en cultivar su trato ameno.

Al oírle hablar de las cinco partes del mundo con el aplomo de quien las conoce á palmos, tómanle algunos por un aristocrático Esaú que ha vendido su primogenitura por un par de talegas «para correrla;» quién por un aventurero osado, sin cuna ni solar conocidos; quién por antiguo miembro del cuerpo consular, ó diplomático de segunda fila... Pero lo indudable es que ha viajado mucho, y con fruto; y que no teniendo en su frontispicio pelo ni señal que no sean comunes y vulgares, no hay terreno en que se le coloque del cual no salga airoso, cuando no sale en triunfo.

Tampoco, mirado por dentro, posee cualidad alguna que brillante sea.

No es elocuente, no es poeta, no es artista: no es perfecto ni acabado en nada.

Pero, en cambio, tiene un 'poco de todo... y algo más: es, por de pronto, un estuche de cosas. En manejarlas á tiempo consiste su habilidad.

Con ella y con su impenetrable *cara de va-*

queta, en su boca no se distingue la verdad de la mentira, y esó que las echa gordas; y en cuanto á sus cosas, ni es avaro ni despilfarrador de ellas; quiero decir, que ni es entremetido ni se hace rogar mucho. Como los buenos músicos, entra en el concierto en que hace falta, cuando le corresponde: ni antes ni después.

Cuando, por primera vez y solo, se presenta en una tertulia, nadie frunce el ceño ni le pregunta con gestos ó con palabras: «¿Qué busca usted por aquí?» Antes bien, se le recibe con palio y se le dice, entre sonrisas y agasajos:

—¡Oh... Galindo! ¡Acabará usted de llegar!

Ni más ni menos que si se le esperara y fuera antiguo contertulio de la casa. Y desde el mismo instante, Galindo es el alma de aquellas reuniones.

Una noche falta quien toque el piano para bailar. Galindo no conoce una nota de música; pero sabe de oído unas cuantas piezas de baile, y se sienta en el banquillo, y araña el teclado, y toca lo que se necesita.

No tiene voz ni condición alguna de cantante; y cuando llega el caso, acompañándose él mismo al piano, suelta un par de canciones picarescas, de acá ó de allá, que alborotan la reunión.—Si se trata de hacer coplas, nadie le gana á hacerlas pronto y al caso, aunque le ganen todos á poeta.

Que no se baila, ni se canta, ni se hacen coplas, y la gente se agrupa en los gabinetes, medio aburrída, medio soñolienta.—Allí está Galindo para reanimar los decaídos espíritus. Para entonces son las anécdotas frescas, ó los recuerdos de Calcuta ó de Constantinopla. Y tras esto y un sinnúmero de mentiras verosímiles sobre las mujeres del Cáucaso ó los hombres de Ceilán, llegará á hablarse, por ejemplo, de objetos raros, y habrá allí quien crea decir mucho diciendo que ha visto camisas de hoja de llantén, catalejos de trapo, ó chocolate sin cacao... y tantas cosas más como se anuncian todos los días, en éstos de extravagancias que corremos.

No dejará Galindo de admirar las citadas rarezas, con toda la expresión que cabe en su estilo lento y suave y en su cara impasible; pero hombre que ha corrido y visto tanto, no puede estar sin algo que citar á propósito de rarezas, y no lo está, en efecto; y saca un grueso anillo de uno de sus dedos, y se le presenta á la reunión, diciendo:

—¿Á que no saben ustedes qué piedra es ésta?

Y la gente se abalanza al anillo, y le da mil vueltas, y recorre la lista conocida de piedras buenas y malas, sin que falte la de Colmenar Viejo, á la cual se parece en el color la del anillo; pero nadie acierta. En vista de lo cual, dice Galindo:

—Eso que ustedes creen piedra, no lo es.

Nuevas ansiedades, nuevo examen y nuevas conjeturas.

—Pues ¿qué es, si no?—se le pregunta al cabo.

—Eso es—responde Galindo, lenta y dulcemente,—hígado de cocodrilo, endurecido al sol, en Pekín. Se lo compré al joyero que lo hace para la corte imperial; ó mejor dicho, me lo cambió por una zamarra fina que llevaba yo de España.

Para calmar el asombro que esta respuesta produce, muestra una bolsa de *trípa de un indio*, medio devorado por un tigre en una cacería á que asistió él, y se refiere á una corbata que tiene en casa, hecha de piel de culebra, por un indígena del Canadá.

Cuando se agota este catálogo, tiene Galindo á su disposición otro más abundante todavía. Por el procedimiento de las pajaritas de papel, hace, entre mil primores, catedrales y navíos de tres puentes; y de un tijeretazo solo, sobre el mismo papel convenientemente plegado, saca una procesión de Jueves Santo, con sus pasos, curas, monaguillos, autoridades, músicas y piquete. De sombras en la pared, no digo nada; ni tampoco de problemas de dibujo á lápiz, á punta de cigarro y hasta á moco de candel: así *pinta* el día y la noche, el sol y la

lluvia, de dos ó tres rasgos, y gatos y perros... y demonios colorados.

En la calle, no hay forastero á quien él no conozca de vista y de trato. Sabe las rentas ó las trampas de cada uno, y lo que antes tuvieron y lo que esperan, ó lo que temen, y la vida que hacen en Madrid, y quién de ellos trae señora propia, y quién pegadiza ó temporera, y dónde la ha adquirido y á cómo, y quién se la corteja y con qué éxito, y si el cortejo es andaluz ó salamanquino...

Hablando de parecidas cosas conmigo en una ocasión iba delante de nosotros el aludido, sin haberle visto yo.

—En suma—me dijo:—el duque de los Frijoles es un perdido, y la duquesa, tan perdida como el duque.

Y en esto volvió la cara el tal; y cuando yo creí que iba á romper el bautismo al maldiciente, ríose hacia él, le tendió la mano y le dijo afectuosísimo:

—¡Ah, tuno! ¿conque venía usted detrás?

—¿En qué lo ha conocido usted?—le preguntó Galindo muy sereno.

—En la voz. Y apuesto á que estaba usted despellejando á alguien.

—Precisamente.

—Amigo de usted, por supuesto.

—Cabal... Como que hablaba de usted.

—¡Ah, mala lengua!

Dijo, y dándole al propio tiempo un golpecito en el hombro, como si aún tuviera que agradecerle mucho, alejóse el señor duque y se quedó Galindo tan fresco.

No desconoce uno solo de los secretos *íntimos* de la política. Él os dirá, con pruebas, cuando menos verosímiles, por qué se sustituyó tal ministro con cual otro; á qué móvil obedeció la evolución de aquel periódico, ó la cesantía de cierto personaje, ó el encumbramiento de esotra vulgaridad, ó por qué no puede salir de apuros el Tesoro... Y sus *causas* jamás son las causas que conoce ó que sospecha el vulgo: siempre son particularísimas, personales y microscópicas, con relación á sus efectos.

De cómicos y toreros, no se diga: á todos los trata y los tutea, y habla con ellos de la escena ó del *redondel* con el aplomo y la autoridad de Romea ó de Costillares.

En lo físico, es sano y duro como un diamante: jamás se constipa ni se queja del estómago, y eso que no se abriga más que lo de costumbre, y come tanto como habla, si la ocasión se le presenta.

Y digo esto de la ocasión, porque aun cuando ordinariamente es sobrio y metódico, come cuanto le pongan por delante, aunque haya comido ya, si á comer se le convida, ó si se acep-

ta el convite que él proponga, pues hace á todo.

Como no viene á bañarse, sino á veranear, y tampoco le es muy simpático el ceremonial del Sardinero, vive en la ciudad en una fonda, ó en una de las mejores casas de huéspedes; lo cual no obsta para que dé cuenta, si se le pide, de cuantas personas habitan en aquellos *hoteles*, con sus correspondientes vidas y milagros.

En agosto hace una escapadita á ver las corridas de Bilbao, y en septiembre arregla su marcha definitiva en combinación con las ferias de Valladolid y la apertura de los teatros de la corte, donde, por lo visto, se pasa gran parte del invierno, no sé cómo ni con quién.

Qué familia y qué patria son las suyas, se ignora siempre; y se ignora, porque jamás se le ha preguntado por ellas; y no se le ha preguntado, porque se prefiere ignorarlo; y se prefiere esto, porque desde el instante en que estos hombres tienen patria y familia, y nombre como otro cualquier nieto de Adán, ya no son Galindos, ni Manzanos, ni Arenales á secas, y pierden su peculiar carácter de universalidad, en lo que estriba la mayor parte de su mérito.



LUZ RADIANTE

UN si es no es macilento, desmayado de barba, corto de vista y regularmente ataviado.

Tal es su facha. En cuanto á su fecha, lo mismo puede venderse por hombre que parece un joven, que por joven que parece ya un hombre... y cuenta que hablo en vulgo limpio, por lo cual ha de entenderse esto de hombre, por *hombre de cierta edad*.

Le habréis visto, con un libro en la mano, en la braña del *Cañón*, sentado á la sombra de un bardal; ó en idéntica postura é igual ocupacion, sobre escueta roca entre los dos Sardineros; ó á la entrada de los Pinares; ó en un rincón de la galería, con los pies sobre la balaustrada y el tronco desencuadrado en una silla; ó paseándose por el arenal, absorto en la lectura, como joven alumno repasando la lección en el patio del colegio.